

de ideas, un aunarse de inquietudes juveniles que, mediante un plan de pensamientos generosos, conquisten el rumbo de sus tendencias naturales. El programa está formulado en las páginas de muchos libros sabios cuya eminente obra de reconstrucciones ideales todos conocemos, por las nuevas corrientes que se sienten flotar en los vientos americanos. Pero si me fuera posible dar un programa práctico de acción para aquellos que constituyen el espíritu de nuestra raza, para aquellos que guardan la acción clara del pensamiento americano, recordaría las palabras del maestro Rodó cuando, meses antes de morir, dirigía su última prédica a los discípulos del continente: «Formar el sentimiento hispanoamericano; propender a arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de la América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única».

Tal es la obra que debe ir construyéndose, la obra cuya necesidad se siente cada vez más, ante los peligros que amenazan la libertad de acción del pensamiento latinoamericano y la herencia espiritual de gracia y exquisitez que nos legaron los pueblos que, abandonando el mar Mediterráneo, se lanzaron a un continente desconocido... Todas las fuerzas del corazón, y las fuerzas del talento, y las fuerzas materiales deben ponerse al servicio de la América, cuyo porvenir depende de la actitud presente.

Europa nos dió una civilización y nos dió también los medios de hacerla nuestra; y el desenvolvimiento de la historia está demostrando, sobre todo en la esencia misma de la política y de los ideales, cuál es el resultado de lo que nos legó: la democracia, en el sentido de la participación activa de todo aquel que posee la fuerza del pensamiento, enlazada a cierta pasión política que constituye uno de los más graves defectos de las repúblicas hispanoamericanas, encontró su verdadera forma en nuestras tierras; porque América ha sido una tierra de ensayos que perfilan su energía para la acción. Las luchas de la Independencia; las épocas transitorias de la duda sobre cuál forma de Gobierno convenía a nuestras naciones; la forma bárbara de mando personificada en los «caudillos»; el entrar sereno a la vida tranquila del progreso que, como en las repúblicas del Sur, nada tiene que envidiar al desenvuelto en muchos países europeos; el último aliento de las tiranías de la América Hispana en los actuales momentos; todo ello forma la entidad más importante de nuestra existencia, que va preparando una historia brillante de conquistas espirituales. Y más aún: pueblos nacidos ayer, sin tradiciones y con una efímera existencia material,

buscan el rumbo de la civilización, de manera acelerada, para colocarse a la altura del presente siglo. Para tal obra gigantesca, sólo falta el estímulo de la acción, el pensamiento que determine cuál es la verdadera capacidad hispanoamericana y apartar así la que no se adapta a su ambiente y robustecer la que nace de su influencia. En la práctica, realizar el dinamismo espiritual que sintetizara Max Henríquez Ureña en estas sabias palabras: «Si en América la masa ignorante necesita instrucción, la masa dirigente necesita ideales».

Fuerza poderosa, sin duda, reclama tal acción de idealidad y de pensamientos generosos; pero, ¿no es un sueño viejo este ideal? ¿No existen los elementos necesarios para su efectua-ción? ¿Y no nos pertenece el derecho de formular una energía activa de sentimientos latinoamericanos, no en vanas fantasías, sino en una palpable realidad? Consagremos lo más puro del espíritu a despertar esta inquietud continental, sobre todo en los momentos actuales, en los que el peligro de una política absorbente amenaza la li-

bertad de nuestros pueblos: recordemos que la libertad es ambiente propicio a los ensueños del arte y a las agitaciones del afán utilitario, de cuya armonía resulta el fruto de una civilización definitiva.

Si estas ideas me inquietan en Europa y las siento como una necesidad imperiosa en mi inteligencia, es porque miro el panorama del Continente Latino americano amenazado gravemente por la política imperialista del vecino del Norte, y porque pienso que los errores de nuestra vida contribuyen a nulificar la acción directa de las tendencias europeas, que son las únicas que pueden salvarnos. Y por ello pido a los jóvenes de mi país, en quienes está el porvenir de la raza y de sus ideales, que repartan su talento en la obra de formar una América única en sus aspiraciones, única en sus conquistas espirituales y pronta a encontrar el oriente definitivo de la vida...

NAPOLEÓN PACHECO

París, 12 de octubre de 1920.

(En el REPERTORIO AMERICANO).

## LA ESPADA

ARLETTE miraba a su amante fumar un cigarrillo. Pauv'chéri<sup>(1)</sup> acababa de ponerse su camisa y de entablar una lucha infructuosa con su cuello postizo. Poco acostumbrado a la resistencia de los seres y de las cosas, había terminado por sentarse en la cama, sacar un cigarrillo de un encantador estuche, y ponerse a fumar con una especie de voluptuosidad desdeñosa, en ese vestido en que el hombre no puede ser sino grotesco o exquisito. Pauv'chéri era incontestablemente exquisito, tan delgado, tan flexible, lindo como una adolescente, engañoso y tierno a la vez, zalamero y cruel. No muy malvado, pero sí de aquellos que en el teatro, cuando una actriz vieja representa un papel de ingenua y afirma: «Tengo veintitrés años», hace fisga, en tono bien alto, de modo que ella oiga. Su querida tenía miedo de sus ojos de niño, no porque su expresión tuviese de duro o de irónico, sino por su implacable claridad. Parecía llevar sobre sus frágiles hombros, toda la mala voluntad de los hombres y toda la pasión de las mujeres.

—Te adoro,—murmura Arlette tímidamente.

Pauv'chéri hace caer, con una preciosa uña, la ceniza de su cigarro sobre la alfombra. No respondió, pero

se volvió hacia el perrillo mariposa que roncaba en el almohadón largo de la cama, y lo despertó deslizándole en la oreja:

—Tú si que tienes suerte, Antenor: te quedas aquí en el buen calor, mientras que tu *nononcle* se va al frío, al negro...

—¡Cállate!, exclamó Arlette. ¡Cállate, Pauv'chéri! ¡Yo soy ya bastante desgraciada!

¡Era ella quien iba a quedarse en el frío, en lo negro! Partido él, todo se helaría: Clotilde, la camarera se volvía desagradable, y Antenor mismo se tornaba malhumorado. Ella concluyó:

—¡Hablas de una existencia!

Pero había que mostrarse prudentes por M. Baguin, de la Academia Francesa, apodado Sagouin por Arlette. M. Baguin, a pesar de sus cincuenta y cinco años y de la vieja dama de cabellera gris que llevaba su nombre, triste espejo en el cual no se reconocía; a pesar de sus trabajos, de su celebridad, sus cruces, su barba y sus binóculos, no era a los pies de Arlette sino un pobre diablo celoso y temblando de deseo. Por ser un gran escritor no se es menos hombre, y pintar las ridiculeces humanas no equivale a poder evitarlas. Juan María Baguin representaba, pues, al natural, el papel punzante de los hombres maduros que no han conocido en materia de juventud, sino la juventud insultante de la

(1) Pauv'chéri, contracción de un término familiar cariñoso que podría traducirse: Pobre queridito.